

Padres e hijos adoptivos: sueños, fantasías y novela familiar. Encuentros, desencuentros y transformaciones

*Claudia Bregazzi de Quiroga **

En este panel intentamos abordar, desde un punto de vista psicoanalítico, un tema que es asimismo objeto de otras disciplinas, como la pediatría, la sociología, la psicología y el derecho; también es objeto de las miradas de jueces, políticos, legisladores y organizaciones no gubernamentales. Considero que, en otro contexto, el punto de vista psicoanalítico podría contribuir en mucho al abordaje de estos problemas en la comunidad a la que pertenecemos. En el ámbito de este Congreso Psicoanalítico entrelazaremos el tema con los conceptos fundamentales que menciona su título: sexualidad, sueños, inconsciente.

Comenzaré mi presentación reflexionando sobre los padres adoptivos y sus “novelas familiares”, que inciden y modelan la manera como se va a producir el encuentro con ese ser –concebido por otro– que va ser hecho hijo *de y por ellos*. Me resulta difícil cómo denominar a esos “otros” y a estos “ellos”, ya que la clásica diferencia entre “padres biológicos” y “padres adoptivos, padres del corazón, etc.”, queda, a mi entender, bastante diluída y cuestionada por los conceptos actuales de la epigénesis, que deja de lado la separación tajante entre filogénesis y ontogénesis al revelar que la expresión genética –o sea la posibilidad o no de que un gen se despliegue– depende en gran parte del ambiente en que el sujeto va a desarrollarse.

* Miembro Titular con Función Didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

ESPECIFICIDAD DE LA PROBLEMÁTICA

Ante todo, un dilema, que campea en la bibliografía y es probable que aparezca también hoy aquí: ¿hay una problemática, desde el punto de vista psicoanalítico, específicamente ligada a la adopción? O sea, ¿hay una “psicopatología de la adopción”? O hay situaciones psicopatológicas especiales que pueden producirse tanto en familias adoptivas como “naturales” –lo pongo entre comillas para denotar lo artificial y poco adecuado del término, pero no dispongo de otro por el momento. Algunos autores opinan que imputar a la adopción dificultades específicas constituye una proyección, a modo de clivaje, de dificultades universales en las relaciones paternofiliales.

Sin ir más lejos, un padre, al relatar las circunstancias del nacimiento de su hijo biológico por cesárea de urgencia, luego de varias horas de trabajo de parto y signos de sufrimiento fetal, dijo textualmente. *“Cuando lo vimos nos impactó... no esperábamos un hijo así... Era un negro grandote¹... nos costó superarlo”*. O sea, el niño biológico también puede ser sentido como “un extranjero en casa”. Estos padres tenían a su vez una relación muy ambivalente con sus propios padres, perdidos de alguna manera tempranamente y vividos como débiles y frustrantes. Les resultaba muy difícil “regular” la relación con su niño, tolerar, contener y aun limitar sus agresiones y sus celos, especialmente ante el nacimiento de su hermana menor.

VICISITUDES DE LA NOVELA FAMILIAR

El estudio de los trastornos supuestamente ligados a la adopción pone en evidencia, tanto en padres como en hijos, dificultades en el procesamiento de la Novela Familiar. Esta fantasía universal –descrita por Freud y presente en numerosas producciones literarias y leyendas mitológicas– se inscribe en el contexto de la lucha generacional, y se origina en la desilusión del niño al sentirse relegado en el amor de sus padres idealizados. A través de la novela familiar el niño se crea otros padres más poderosos y de mayor rango que los propios. En una segunda etapa este lugar superior se reserva

¹ El niño pesaba 4 kg. y medio, y estaba cianótico por la dificultad en atravesar el canal del parto debido a su tamaño inusual.

al padre mítico, quedando la madre inmersa en infidelidades y amores secretos.

Cada sujeto tiene su propia novela familiar, como escena atravesada por la elaboración secundaria, al estilo del recuerdo encubridor. Resulta de un reposicionamiento de la fantasía originaria entretejida con la vivencia individual. Heredera del conflicto edípico –del cual constituye una defensa–, la novela familiar tiene efecto tanto sobre el conflicto objetal como sobre la reconsolidación narcisista del niño. Gracias a ella puede negar la escena primaria y sus consecuencias, vengarse de sus padres reales y permitirse fantasías libidinales que hubieran sido incestuosas.

Entiendo que la fantasía de la novela familiar es privativa del neurótico, velada de misterio e incertidumbre, como también sucede en la mayoría de las situaciones de adopción: el misterio de lo que pasó y la expectativa e incertidumbre acerca de lo que pasará. Si bien la materia prima de la misma podría formar parte también de un delirio de filiación en el caso del psicótico, que lo llevaría a actuar en forma reivindicatoria con certeza irreductible, en la neurosis prima la incertidumbre y la renuncia a la completud y a los ideales de grandeza. La novela familiar declina finalmente ante la realidad, permitiendo recuperar a los verdaderos padres no ideales, comunes y sexuados, susceptibles de ser imitados y alcanzados con la propia paternidad, sea o no adoptiva. Como dicen Soulé y Noël, los verdaderos padres son los que han conservado a su hijo sin ejercer la retaliación (asesinato, abandono, repudio), tolerando los sentimientos edípicos del niño y la traición ejercida en la fantasía de la novela familiar. En consecuencia, estos verdaderos padres lo invitan a crecer, para ser a su vez un ser sexuado y un futuro padre. Los padres ideales quedan relegados a los sueños –el emperador y la emperatriz– y a los síntomas, en determinadas circunstancias de la vida.

En los niños adoptados tempranamente la novela familiar podrá funcionar como en cualquier otro niño, si los padres actúan con naturalidad al respecto. En realidad, lo que perturbaría al niño sería –según Eva Giberti (1981)– la percepción de cierta incomodidad y tensión en los padres, ya sea porque guardan un secreto, ya sea por la ambivalencia que experimentan hacia el niño y hacia sí mismos. Muchas veces la adopción reactiva en los padres la culpabilidad frente a su propia novela familiar, y ésta se proyecta al hijo: “*va a desvalorizarme o sustituirme como yo desvaloricé o quise sustituir a mi padre*”, obstruyendo un diálogo fluido sobre la misma. Esto

habría que tenerlo en cuenta para una eventual tarea preventiva –ejercida por profesionales de la salud– previa a la adopción. Según los autores citados, los sentimientos de filiación y de parentalidad se establecen, no entre procreadores y procreados, sino entre los que han vivido juntos el conflicto edípico y la novela familiar.

Probablemente debido a ello se ha dicho que la adopción tardía –la de niños mayores– resulta riesgosa y puede requerir grandes precauciones. En muchos casos los jueces ordenan mantener el contacto con las familias de origen, lo cual probablemente requerirá un abordaje especial. En estos casos la novela familiar toma la forma de “un cuento de hadas”, que explota como una pompa de jabón ante cualquier mínimo conflicto vincular. Todo esto debería ser materia de mayor investigación, especialmente porque en muchos países, incluida la Argentina, la adopción de niños mayores es cada vez más frecuente.

ADOPCION Y SEXUALIDAD

Michel Soulé y Janine Noël, en el texto citado, hacen hincapié en que si se ha querido considerar la adopción como una situación particularmente traumática es porque pone de relieve los aspectos más difícilmente y menos exitosamente reprimidos de los elementos pulsionales. Es dable pensar que la adopción pone en jaque la concepción universal de la sexualidad y sus fines. Por otra parte, una de las fantasías más temidas en el caso de la adopción –y también en situaciones relacionadas con la fertilización asistida, donación de gametas, etc.– es la del incesto, muchas veces desplazada a la eventual relación entre hermanos no consanguíneos.

A veces los padres adoptantes –especialmente cuando hay conflictos conyugales evidentes, que pueden llegar a una separación o divorcio– no pueden refutar esta fantasía y le confieren una concreción dramática. Otras veces los padres adoptivos se defienden frente a esta fantasía incestuosa exagerando las prohibiciones y la conducta hostil hacia los hijos adolescentes.

¿SIEMPRE ES TRAUMÁTICO LO RELACIONADO CON LA ADOPCIÓN?

¿Es una herida la adopción? ¿O es un bálsamo sobre ella? Obviamente, la marca es el abandono. ¿Hay diferencias en relación a cómo fue el mismo? ¿Si fue una cesión voluntaria, si fue un abandono, si el niño fue entregado a Minoridad o “dejado por ahí”? ¿Si, como Deborah, estaba en peligro de muerte? Winnicott le da mucha importancia a la historia del niño previa a la adopción, al punto que si ésta fue “suficientemente buena”, la adopción no resulta traumática, pero si ésta no lo fue, los padres adoptivos deben “cargar” con dificultades no generadas por ellos mismos y de alguna manera constituirse –además de padres– en terapeutas de sus hijos adoptivos. Mirta Videla habla de una “cesión libidinal” sin la cual no puede hablarse de adopción, sino de manipulación, robo o secuestro de los niños.

Otro tema es el la posesión. ¿Podemos decir con seguridad que “estos hijos son míos” en el caso de los padres no adoptivos, y “son los hijos de otros” en el caso de los adoptivos? ¿Decir que los padres adoptivos no pueden “hacer” los hijos, presupone que los no adoptantes “sí” saben como hacerlos? En este punto querría citar una bella frase de Donald Meltzer en “Estados Sexuales de la Mente” (1973): *“Los padres, como los artistas, sienten que ellos han ‘encontrado’, no ‘creado’, a sus niños. ‘Algo’ crea los niños, así como ‘algo’ escribe, pinta, compone... analiza. ‘Algo’, el Superyo-Ideal, se erige fuera de la experiencia del ‘self’ como el objeto combinado primario, originariamente, el pecho-y-el-pezón”*.

LA DEVOLUCIÓN – “LA CAÍDA” DE LA ESCENA

A mediados del 2010 una noticia del diario convulsionó mi mente, al tiempo que produjo también una breve conmoción mediática: un niño ruso de 5 años, que había sido adoptado por una enfermera en Estados Unidos, fue “colocado”, solito, en un avión y devuelto a su país de origen. Los periodistas habían intentado entrevistar a la presunta adoptante sin éxito, pero una familiar de la misma manifestó que el niño había dibujado que iba a quemar la casa. Tampoco obtuvieron respuesta de parte de ningún funcionario de la Embajada de Estados Unidos. Tuvieron más éxito con el taxista que “había cumplido el encargo” de trasladar a un niño desde el aeropuerto a la

embajada, para luego encontrarse con que no había nadie esperándolo. La consternación del hombre era la de alguien que es partícipe, sin saberlo, de una acción por lo menos reprochable.

El artículo continuaba consignando cifras escalofriantes sobre devolución de niños adoptados en el mundo. Aún impactada, me quedé pensando en qué factores obrarían en contra de la unión o reunión entre padres que necesitan un hijo e hijos que necesitan un padre. ¿La certeza de la sangre versus la incertidumbre de la cultura? ¿Las heridas narcisistas de no ser querido? ¿La nunca cómoda posición de ser “la segunda opción”, válido tanto para los padres como para los niños adoptivos? ¿La compulsión de repetición, tanto en adultos como en niños? También me pregunte qué factores operan en el deseo de adopción, teniendo en cuenta que la motivación de un embarazo natural puede ser tan espúrea como la de una adopción mal encaminada. Un ejemplo de ella podría ser el caso de Yolanda, quien María y Oscar habrían adoptado “para no dejar sola a la hija mayor”.

En relación al tema de las “devoluciones”, numerosas frases de numerosas entrevistas vienen a mi cabeza. No siempre los adoptantes se posicionan de la misma manera. Patricio, abogado de 40 años, padre de Pedro, de 3, adoptado a los pocos meses, cuenta que dentro de los análisis clínicos solicitados para ver “si era sano”, había uno destinado a detectar HIV. Con conmovedora sinceridad, me dice *“Por supuesto, hicimos el análisis a ver si podíamos adoptarlo. Pero cuando fui a buscar el resultado, sentí que estaba retirando el resultado de un análisis de mi hijo, se entiende?”*

Muy diferentes fueron los sentimientos de Rosaura, que consulta por indicación del Juzgado ante su reclamo de “devolver” –o en su defecto, depositar en un Instituto de Menores– a Romina, turbulenta adolescente que les hacía la vida imposible, con sus mentiras, robos y violentas crisis de enojo. *“La adoptamos a los 3 años, en realidad, nos estafaron. Ya había tenido problemas en las guardas anteriores, estuvo en varios hogares sustitutos y nadie la quería adoptar... a nosotros nos ocultaron todo”*.

TRANSFERENCIA Y CONTRATRANSFERENCIA

En la transferencia los analistas ocupamos –como siempre– diferentes lugares, evocamos diferentes personajes de estas tramas tan vívidas que han dado origen a tantas sagas, novelas, obras de

teatro y mitos (el nacimiento del héroe, Superman, etc.). Muchas veces somos “los o las ladronas”, que les vamos a robar el hijo a los padres adoptivos. Si los entendemos más, ¿nos preferirán a nosotros? Creo que en este temor se basa la persistente negativa de los padres de muchos pacientes a aumentar su frecuencia de sesiones, y la constante desvalorización de la madre de Deborah –persona particularmente competitiva– hacia mi persona al principio del tratamiento.

También podemos ser colocados en el lugar de las madres o padres biológicos, identificados a su vez, como menciona Eva Giberti (1981), con los abuelos que sí pudieron concebir hijos, y por lo tanto, son imágenes superyoicas persecutorias.

En algunos casos los niños depositan en sus terapeutas fantasías de renacimiento, de nueva filiación, de aclaración de sus orígenes.

Y obviamente, tenemos nuestra contratransferencia, atravesada por vivencias personales y por la relación transferencial con ese niño, niña o adolescente y sus padres. Muchas veces no nos animamos a hablar de la adopción, nos sentimos en falta o culpables con los padres adoptantes que nos han traído al niño, como si conspiráramos con los padres del origen. De hecho, en algunas ocasiones los padres adoptantes han reaccionado con violencia ante el analista, cuando el niño refiere algo acaecido en la sesión que puede hacerlos sentir relegados o cuestionados en su paternidad.

UN MITO Y UNA NOVELA: LOS MUNDOS DE DEBORAH

Los padres de Deborah, Beatriz y Miguel, consultaron cuando ella tenía 11 años, debido a dificultades en el aprendizaje, a pesar de sus buenos recursos cognitivos. La describen como una niña apática, no estudia, se cansa por todo. Es pasiva, quiere que los demás le hagan las cosas. Le pesa hacer cualquier actividad, hasta lo que le gusta, como las actividades deportivas. No quiere usar reloj “ni saber los días”. Ya en tratamiento conmigo, la niña me decía que, cuando debía leer para el colegio, “no quería saber quién era el autor del libro”.

Deborah, adoptada a los 3 meses en grave estado de desnutrición, rechazaba la leche que los padres adoptivos le daban, al punto que debían alimentarla dormida. ¿Es que sólo en el estado de regresión que implica el sueño, a un narcisismo más puro, quizá menos mellado por el abandono o el maltrato, podía ella mostrar su indefensión y permitir que los padres la repararan? Uno de los principales argu-

mentos de la madre adoptiva en contra de su ex esposo –se separaron cuando Deborah tenía 9 años– era que él le había contado a la niña que si no hubiera sido adoptada, se hubiese muerto. Me hizo pensar en que, según Winnicott, los hijos adoptivos –a diferencia de los biológicos– se sienten obligados a agradecer lo que los padres hicieron por ellos. De hecho, el informe escolar confirmaba esta hipótesis.

Deborah dormía poco y mal, acosada por temores, especialmente a fantasmas y espíritus. *“Tengo miedo que alguien que me conoció y luego se murió, vuelva para llevarme”*. De niña tuvo serias ideas de suicidio, que siempre ocultó a sus padres adoptivos. En el curso del tratamiento llegó a verbalizarlas: *“A veces me arrepentí de que mis padres me hubieran ido a buscar, si no me iba a morir”*, conmovedora y trágica expresión que conjuga la omnipotencia infantil con una pavorosa indefensión.

Tenía un sueño repetido, con pocas variantes: *“Estaba en el balcón de su casa, con otros chicos, muchas veces había una nena con rulos amarillos.² El profesor de remo nos dice que nos pongamos los chalecos salvavidas, muchos chicos se tiran y vuelan. Yo me tiré para volar con la chica de rulos amarillos pero no tenía chaleco y me fui para abajo”*. Además de obvios sentimientos de falta de sostén, pienso que el sueño de Deborah transmite su fantasía sobre cómo hubiera sido la hija biológica de su madre adoptiva, concebida por ella como su imagen especular. Podríamos decir que “construye” o reconstruye la novela familiar de su madre adoptiva, la hija que supone que ella hubiera querido tener. Frente a ella, Deborah –hermosa púber de tez oscura y largo y lacio cabello cobrizo– “cae al vacío” irremediabilmente.³

A lo largo de su tratamiento, Deborah pudo reescribir su novela familiar, arraigada de entrada en la muerte, el desapego y la desnutrición, a través de una saga que le permitió una apoyatura simbólica. Un día vino a sesión muy entusiasmada a contar una película que había visto el fin de semana: se llamaba “El Extraño Mundo de Jack”, y versaba sobre un joven-esqueleto que vivía en un mundo de terror (*Halloween*). Le cedo la palabra a Deborah: *“En ese mundo Jack es el rey del terror, respetado y venerado por ello, pero no es feliz. No le encuentra sentido a su mundo, es siempre lo mismo, siente un vacío*

² La madre adoptiva es rubia y frecuentemente llevaba los cabellos rizados.

³ Eva Giberti dice que el adoptivo “presta su cuerpo” al hijo soñado de la pareja.

dentro de él. Un día, en el bosque, encuentra un árbol de Navidad, a través del cual entra en un mundo alegre y feliz, el País de la Navidad, donde no hay brujas ni sustos, los niños reciben caricias y regalos, y hay un jefe que es Santa Claus. Aún asombrado por ese mundo lindo y feliz que no conocía, se da cuenta que eso es lo que estaba buscando: la Navidad. Quiere hacer una Navidad en su mundo, da una conferencia y le cuenta a la gente, pero éstos mucho no lo entienden. Igual colaboran en hacer la Navidad como Jack les pide. Raptan a Papá Noel, hacen juguetes horribles, es un desastre; pero después Santa Claus arregla todo. Me encantó esa película!!!”.

Me llamó la atención la claridad y coherencia con que Deborah, habitualmente confusa y con poca capacidad metafórica, me relató la historia, al punto que cuando, posteriormente, vi la película, fue como si la viera por segunda vez. Todo lo que Deborah me había contado se reproducía fielmente. La joven había captado la esencia del cuento y con ella había entretejido su novela familiar y su fantasía de curación, como ya decía Arminda Aberastury (1962). En mi lectura, Jack intenta apoderarse (vía identificación proyectiva) del mundo de Santa Claus, secuestrándolo y usando su traje. Por supuesto todo termina en un desastre, ya que los regalos –concebidos con la lógica de *Halloween* y no con el espíritu del País de la Navidad– asustaban y perseguían a los niños. Finalmente Jack libera a Santa Claus –secuestrado por un personaje muy malo llamado Boogie–, éste arregla todo y como regalo de Navidad les manda una nevada, algo desconocido para el pueblo de *Halloween*, que la recibe con júbilo. Jack vuelve a asumir su genuina identidad –es el rey del terror, no Santa Claus–, pero se identifica introyectivamente con el Santa Claus de la Navidad y de la nieve y encuentra el amor.

Casualmente, festejar la Navidad era un viejo deseo de Deborah, que decía no poder acceder a él por ser judía (obviamente, por adopción). Muchas veces en sesión, había expresado su deseo de tener una Navidad, con árbol, regalos y “papel picado”. Finalmente logró que una amiga la invitara a su fiesta de Navidad y que los padres –luego de un arduo trabajo terapéutico, en el cual analizamos e intentamos elaborar las fantasías de todos al respecto– se lo permitieran.

En la viñeta citada podemos ver una interesante urdimbre de fantasías de filiación y de adopción simbólica, vehiculizadas a través de la fiesta del origen, la Navidad –oriunda de otras culturas y resistida por los padres debido a ello– y emparentadas de alguna manera en la transferencia, tanto por mi no pertenencia a la comuni-

dad judía como por la homofonía entre Santa Claus y mi nombre de pila. Como me ha pasado en otros casos de niños adoptivos, mis intervenciones fueron al principio muy resistidas por los padres, que no me adoptaron fácilmente como terapeuta de su hija.⁴ Sin embargo, pude luego acompañarlos y trabajar con ellos, facilitando el tránsito de Deborah de un mundo de muertos y descuartizados –*figuras 3/4*–, de sangre y caos, a un mundo más libidinal, si bien con algunas características maníacas no ajenas al período adolescente que comenzaba a atravesar. De una púber larguirucha, melancólica y tímida, con “identidad oculta” –*figura 5*– se había convertido en una adolescente alta y delgada, flexible como un junco, desenvuelta y atractiva para los varones. Siguiendo la experiencia que relata Winnicott y es de observación habitual en casos de jóvenes adoptivas, Deborah tuvo su primera experiencia sexual a los 14 años, lo cual era precoz para la época y el medio en el cual se desenvolvía. Este hecho produjo alarma en los padres y por supuesto también en mi contratransferencia. Surgió inevitablemente la idea de un embarazo adolescente, en el cual ella podría denunciar y a la vez reparar maníacamente la esterilidad de la madre adoptiva, así como el abandono de la madre biológica. Podía decir: yo puedo tener un hijo, y no lo voy a abandonar. O repetir la génesis y el abandono.

De todas maneras, esto ya no sucedía en la Tierra de *Halloween*. En lugar de esqueletos, monstruos y mutilados, había jóvenes a quienes seducir, chicas con las cuales competir y una que otra bruja –¿su madre y yo?– a quien esquivar. De hecho teniendo 15 años, poco después de su fiesta, a la cual asistí simbólicamente a través de sus entusiastas relatos y preparativos, empezó a faltar a sesión, cosa rara en ella. La madre, genuinamente contrariada –porque siempre sostuvo activamente el tratamiento de la hija– me llamó para decirme que Deborah no quería venir más. No logré que viniera a despedirse. Retrospectivamente, creo entender los motivos. Nacida al mundo de los vivos, no pudo mantener un puente real conmigo, que conocí su extraño mundo. Queda para mí conjeturar cómo habrá continuado su historia y qué habrá sido de su novela, que quiso y necesitó seguir escribiendo sola.

⁴ Ver el apartado dedicado a la transferencia y contratransferencia.

TEMA PARA UNA NUEVA NOVELA

Un tema al cual no me voy a referir aquí pero que podría ser tema de otro trabajo es cómo se juega todo esto cuando el hijo adoptivo forma finalmente una familia y tiene sus propios hijos. Especialmente, qué pasa con la envidia hacia esos niños que sí tienen madre y padre desde el comienzo.

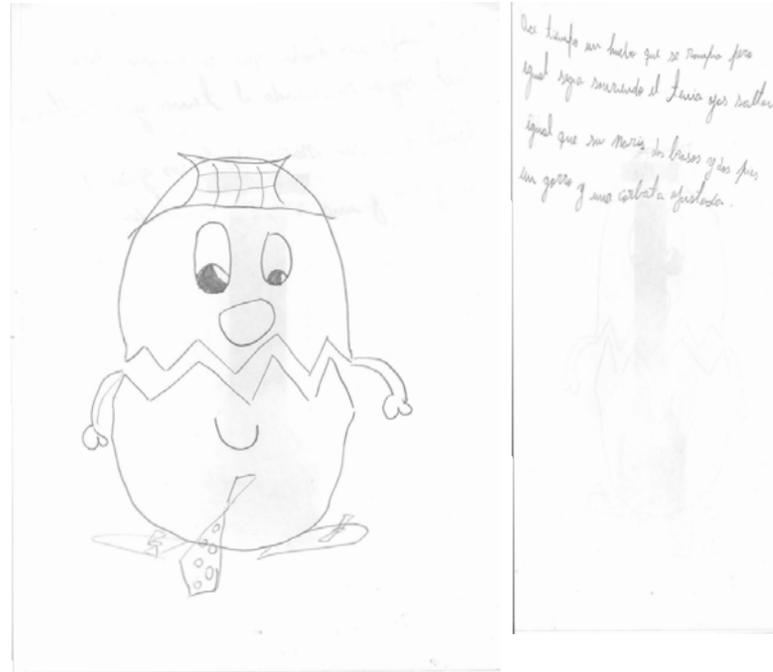
BIBLIOGRAFIA

- ABERASTURY, A. *Teoría y Técnica del Psicoanálisis de Niños*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1962.
- FREUD, S. (1908) La novela familiar de los neuróticos. *Obras Completas*, Tomo IX, Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1979.
- GIBERTI, E. (1981) *La adopción. Padres adoptantes, hijos adoptivos, los "otros"*. Buenos Aires, El Cid Editor, 1981.
- (2010) *La adopción Siglo XXI. Leyes y Deseos*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2010.
- KLEIN, M. (1920) La novela familiar "in status nascendi". Publicado en *Psicoanálisis*, Vol. III, Nº 2/3, 1981. Traducido del Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse, Vol. VI, 1920.
- MELTZER, D. (1973) *Estados Sexuales de la Mente*. Capítulo XI, "Sexualidad adulta polimorfa", pág.140, Editorial Paidós.
- MOGUILLANSKY, C. (2010) Comunicación personal.
- SOULÉ, M.; NÖEL, J. (1998) La Adopción. En: *Tratado de Psiquiatría del Niño y del Adolescente*. Tomo VI, Lebovici, S., Soule, M., Diatkine, R., Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
- VIDELA, M. (1996) *¿"Conseguir" un niño o adoptar un hijo? Los dilemas de la esterilidad*. Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1996.
- WINNICOTT, D. Dos niños adoptados. En: *Acerca de los niños*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1998.

Trabajo presentado: 13-4-2011

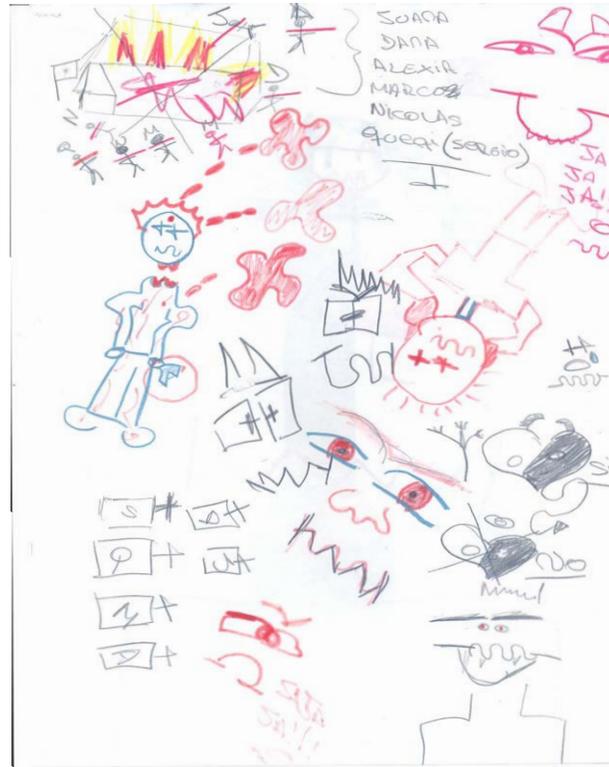
Trabajo aceptado: 18-4-2011

FIGURAS 1 Y 2



*Ace tiempo un huevo se rompió pero igual seguía sonriendo. Tenía los ojos saltones igual que su nariz dos brazos y dos pies un gorro y una corbata ajustada.
(Las faltas de ortografía son del original)*

FIGURA 3



En el dibujo original predomina el color rojo. Los nombres que figuran en la parte superior (Juana, Dana, Alexia, Marcos, Nicolás y Quequi) corresponden a compañeros de colegio a los cuales ella "les corta la cabeza" en el dibujo de la izquierda arriba.

FIGURA 4



FIGURA 5



Cuando llueve y la luna es gris alguien que me quiera está pensando en mí.

Claudia Bregazzi de Quiroga
Francisco Acuña de Figueroa 257
C1180AAV, Capital Federal
Argentina

E-mail: cbregazzi@intramed.net